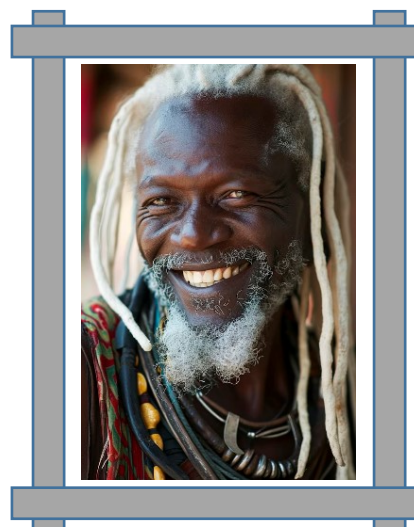


Este es un cuento corto, escrito por el autor del Blog, relacionado con sus días de vida y trabajo en el África lejana y misteriosa.

Niwenga

Fue en 1986. La Organización Mundial de la Salud me había asignado al centro de África para una campaña de vacunación, y luego de mucho andar y tomar contacto con las distintas tribus de la región, decidí instalar mi solitario campamento cerca de Senanga; en el punto exacto donde mueren las planicies inundables del Zambezee, el río del que había tomado el nombre aquel país, Zambia; y donde sería protagonista de una historia de amistad, dignidad y muerte.



Los kabusee son una tribu semisalvaje pero que mantienen una discreta y prolija relación con el mundo de las autoridades de Lusaka. En rigor, muy poca es la acción de tales autoridades en esos apartados lugares, y todo el universo establecido y de relaciones intertribus se apoya tan solo en tradiciones muy antiguas.

La sabana que cubre el oeste del país es semi-boscosa, con algunas especies de árboles enormes pero con una gran masa vegetal de moderado exotismo. Con mucho de pintoresquismo y una extraña mezcla de realidad irreal. Allí tejí mi relación con Niwenga.

-Niwenga será su lanza, su protección, su guía – me había dicho el jefe, una vez que hubo aceptado mi presencia en su tribu.

Sin embargo, dos largas semanas debí esperar la presencia de Niwenga, ya que junto con otros guerreros de la aldea se había ausentado para cazar venados cerca de los arenales del Kaoma.

Durante todo ese tiempo de espera, deambulé casi como un espíritu por la aldea; conociendo a sus integrantes, interiorizándome de sus actividades, tratando de participar en sus quehaceres. Aunque muy primario, mi conocimiento de su lengua había sido como una llave mágica que había roto muchas de sus defensas; que no eran demasiadas. Pueblo primitivo, sentimientos simples. Y dentro de esos sentimientos y de una expresión vocinglera y estrepitosa; siempre, siempre estaba activa, con un hálito de simpatía, de respeto, de orgullo, la presencia viva de Niwenga.

-Niwenga mató al león – decían los niños.

- Niwenga encontró solución – explicaba un guerrero.

-Venció la magia del hechicero de los lukanga – me confió alguna vez el jefe en el transcurso de una conversación.

Debo reconocer que con el correr de los días de espera, mi intriga por este personaje había ido en aumento; a tal punto que en la tarde en que un pequeñito entró en la aldea corriendo y gritando:

-Ya vuelven! Ya vuelven! –

...sentí una excitación y un gran deseo de precipitarme al centro del villorrio tal como lo hacían en remolinos los niños y niñas de la aldea.

Ocho o diez hombres de elevado porte y rostros brillantes por el regreso, entraron al fin, cargando no menos de una decena de pequeños cervatillos más un par de jabalíes salvajes. La alegría del regreso de los hombres y la provisión de comida para muchos días, tiñeron repentinamente de felicidad ese minúsculo lugar del África.

Y Niwenga? Allí estaba Niwenga, cargando en sus hombros una larga lanza, que como al descuido clavó con un ligero movimiento junto al montón de venados a los que los niños ya habían comenzado a arrancarle su porción más exquisita: los ojos; que más tarde, dorados a las brasas, serían el festín de varios de ellos.

Tras un largo rato de charla y algarabía, de risas y cuentos con ademanes desmesurados, el jefe de la tribu llevó a Niwenga aparte y habló unos minutos con él. A lo largo de la charla, ví que Niwenga levantaba la vista en una o dos ocasiones y me miraba directamente a los ojos por sobre el arremolinamiento de pequeños, de hombres, de mujeres y del bullicio general.

Al fin noté como asentía y resueltamente se dirigía hacia mí haciendo a un lado al montón de chiquillos que intentaban colgarse de sus fuertes manos.

-Jambo, Bwana – me saludó llevando su mano al pecho a la par que mostraba una hilera de dientes grandes, firmes y blancos.

-Jambo, Niwenga – contesté llevando mi mano también al pecho.

Nos sentamos junto al fuego que había comenzado a arder en el centro de la aldea, mientras los últimos rayos del sol chispeaban por entre el follaje verde azul.

Aproveché el silencio para observarlo. Al fin tenía al famoso Niwenga ante mí. Alto. Orgullosa. Con una serie de cicatrices que adornaban su cuerpo delegado y fibroso. Parecía un negro más; casi igual que las centenas de africanos que había conocido en mi largo deambular por el continente de la aventura. Y sin embargo... tenía algo de extraño que no podía precisar.

Su cara? No. Era agradable, de piel muy negra. Pero de facciones comunes, casi vulgares. Su porte y sonrisa? Si, tal vez. Altivo y orgulloso; pero también capaz de mostrar una fácil simpatía. Pero tampoco era eso lo que me llamaba la atención. Al fin sonreí. Ya había descubierto su secreto: el rasgo distintivo de Niwenga era su cabello! Niwenga tenía el

cabello canoso; que caía en bucles por el costado de su rostro. Mi sonrisa y mi mirada dirigida a su cabeza no pasaron desapercibidas a mi compañero, que muy suelto y comprensivo exclamó:

- Niwenga viejo. A las mil lunas Niwenga fue joven; mil lunas más y Niwenga fue cazador maduro. Otras mil lunas más hicieron de Niwenga... un viejo. Pero igual, Niwenga te cuidará mejor que diez guerreros. La vida de Niwenga es tu vida, Bwana...

Asentí en silencio y le ofrecí mi mano. La aceptó, y así, tan simplemente, sellamos una amistad que duraría mientras estuviéramos juntos.

No podría decir que el estrecho sentimiento, la comunicación, nuestro respeto, fueron producto de charlas o discusiones. En rigor, nuestra unión se moldeó más en actitudes y en silencios. Aprendí a valorar su increíble paciencia para esperar el paso de una presa que nos daría el alimento ansiado. Aprendí a respetar sus oraciones a la luna y al sol. El respeto, la corrección y la seguridad con que entablaba sus contactos con gentes de otras tribus, no siempre muy deseosas que yo me adentrara en sus reales y vacunara a sus niños. Aprendí que en su llaneza había una inmensa sabiduría que muchas veces derrumbaba lo que creía era mi monolítica sabiduría occidental. Valoré los secretos de su conocimiento, imprescindibles para sobrevivir en el África salvaje.

Y creo que él, a su vez; respetaba mis esfuerzos por entender un mundo que no era mío. Mis padecimientos por llevar algo bueno – las vacunas – y hacer un bien a gente tan distinta a mi piel y a mi sentir.

-Te gustaría ir a vivir conmigo a América?

- Niwenga es como estrella pequeña. Puedes tu poner estrellita dentro de tu mochila?

Así de cortos eran nuestros diálogos. Pero siempre había en él, una sabiduría última que la mayoría de las veces me dejaba sin saber que contestar. Como la vez que luego de deambular por la zona del Limulunga, luego de dos días sin comida, acertamos a divisar un venado en la distancia.

Con enorme paciencia lo perseguimos y cuando lo tuvimos al tiro de su lanza, Niwenga; a último momento frenó su impulso, lanzó un grito estentóreo, y el venado alertado consiguió escapar.

- Niwenga! Que hiciste? Era nuestra comida! Porque no le tiraste la lanza?

-Venado hembra preñada. Si lo mataba comíamos hoy. Pero no mañana ni el mañana de mañana. Ya aparecerá comida.

Y la comida aparecía colgando de un árbol, bajo unas raíces, en un hueco de la tierra.

Mi respeto y admiración crecieron a la par que nuestra convivencia, soportando inclemencias e incomodidades. Su figura se me aparecía cada vez más grande e invencible. Y tal vez por esa admiración que había desarrollado dentro mío, casi me molestó verlo una tarde no pudiendo enhebrar una aguja de hueso con una hebra de pelo de cebra. Sus ojos ya habían comenzado a perder la agudeza de otrora...

Quise acercarme y tratar de ayudarlo en el trance, pero cuando sintió mi presencia cercana, disimuló su actitud y yo decidí que era mejor no darme por enterado del incidente.

Intensos pasaron los días. Recorriendo, visitando tribus. Esperando ganar aceptación a mi presencia. Vacunando los niños. Conociendo más gente, viendo sus ritos; tratando – sin éxito – de desentrañar su magia. Aprendiendo sus costumbres.

Y siempre la presencia de Niwenga junto a mí. Como guía, como control, como siervo y escudero. Su mano siempre presente cuando se la necesitaba. Su compañía incólume cuando mis fuerzas flaqueaban. Su valor y coraje a disposición, siempre que hacían falta.

Aquella tarde habíamos abandonado a los mwanakatambo. Yo estaba feliz. Había vacunado a más de cien niños en dos días de intenso trabajo, y me sentía dicharachero y hablador. Algo raro en nuestro deambular, iba delante por el borrado sendero hablándole a Niwenga que cerraba la marcha portando la enorme mochila con la mayor parte del material que requería mi tarea.

De pronto ... +sentí que el mundo desaparecía bajo mis pies y caí en un pozo profundo y húmedo. En segundos mi visión se hizo a la semi-penumbra y me encontré con dos enormes y fieros ojos que me miraban fijamente. Había caído en una de las tantas trampas para cazar animales salvajes que los oriundos del África construyen en las picadas y senderos. Y ésta ya había tomado una presa. Un leopardo gruñía y agazapado sobre sus patas posteriores se aprestaba a saltar sobre mí.

- Niwenga! – grité despavorido

- Niwenga mata! – me llegó la voz de mi protector desde el borde y desde la altura.

Fugazmente vi el reflejo de la hoja de su lanza.

No creo que nada en el Universo haya ocurrido más rápidamente que lo que siguió. Pero en ese mismo instante de tiempo, la pantera saltó hacia mí. En un movimiento instintivo giré mi mochila y la interpose entre el animal y mi cuerpo. La lanza siseó en el aire y pasó rozando la cabeza del animal, raspándolo pero sin herirlo. No sé de dónde saqué el coraje. Pero tomé mi cuchillo de monte y lo enterré en una afortunada comisura del cuerpo de leopardo, que quedó pateando y muriendo junto a mí.

Niwenga ya no estaba junto al borde.

Dejé que mi corazón se aquietara y trepando por las paredes del foso salí a la luz de la tarde. Mi compañero estaba en cuclillas, tan solo a tres o cuatro pasos de la trampa. Me acerqué y le hablé:

-Ya todo pasó Niwenga. El leopardo está muerto.

Pero el kabusee no me escuchaba. De sus ojos, lento y suave caía el doloroso llanto.

- Niwenga viejo. Niwenga falló el lanzazo... Niwenga viejo...

De la tribu de los mwanakatambo volvimos a la tribu de mis amigos.

Niwenga no articuló ni una sola palabra en los días que duró el viaje. Estaba muy triste. Pero por encima de su tristeza se presentía su sentimiento de derrota. Había ocurrido lo que jamás antes había pasado. Su altiva cabeza, siempre enhiesta y orgullosa estaba baja y derrumbada. Niwenga estaba quebrado.

El cansancio que tenía en la noche de nuestra llegada a la tribu solo me permitió saludar al jefe y a los conocidos y dormí; dormí con una profundidad total.

Cuando desperté, el sol comenzaba a declinar una vez más. Divisé a Niwenga postrado frente a los dos palos verticales y pelados que servían como lugar de oración a los integrantes de la tribu.

Me acerqué y suavemente lo llamé.

Cuando giró su cabeza hacia mí, le alcancé a ver el mismo aire seguro y tranquilo que tanto había admirado en él.

-Como me alegro que otra vez estés bien, amigo mío. Espero que nunca más te acuerdes de la tarde del leopardo. Yo te juro que jamás lo mencionaré y después de hoy, lo habré de olvidar para siempre.

-Bwana es noble. Pero así como el rayo quema el árbol y la cicatriz queda para siempre, o así como el pez fuera del agua ya no vuelve a nadar, Niwenga no podría volver a ser el de siempre. Tu vida era mi vida y por mí, casi la pierdes. Así como el bao-bab que vive miles de años muere al fin de viejo, o así como algún día hasta el sol y la luna llegarán a viejos, Niwenga ha llegado también al fin de su edad. Y ya no es confiable. Te agradezco que quieras callar mi fracaso, pero es tarde.

Ya lo he contado a toda la tribu y también les he dado mi decisión.

-Qué decisión?

-La del árbol rojo. El árbol de la sangre. Y ahora te pido que me dejes solo. Tengo que preparar el camino.

Se volvió y cerrando los ojos comenzó a entonar una suave y monótona canción. Volví sobre mis pasos y esperé hasta que la gran fogata del centro de la aldea brillara con frenesí.

Tarde ya en la noche y en medio de un silencio que no había sentido nunca entre la vocinglería constante de este pueblo alegre y bullanguero, apareció la figura de Niwenga. El guerrero, el que había matado muchos leones. El que había vencido a la magia del hechicero de los lukanga. El que había realizado todas las hazañas.

El jefe de la tribu esperaba desde hacía horas. Junto a él, el hechicero y los integrantes del Consejo canturreaban un sonsonete acompasándose con unas sonajas de carozos y palillos.

Niwenga se paró delante de ellos. Hizo una reverencia y el jefe le entregó un pequeño cántaro conteniendo un oscuro y denso brebaje. El guerrero tomó el recipiente y caminó altivamente hasta el árbol rojo; el árbol de la sangre. Ese era el símbolo de la salud, adonde el hechicero con sus ritos y pases de magia derivaba todos los males de los integrantes de la comunidad. Era el árbol de la vida. Pero también era el árbol de la muerte. Y yo lo sabía...

Niwenga se recostó contra él, dando su frente hacia los que lo habíamos acompañado. Lentamente se llevó el cuenco a los labios y sin hesitar bebió el brebaje.

Se sentó en una de las raíces que sobresalía y apoyó su cabeza contra el tronco de rojas maderas. Observó a todos los que a su alrededor vigilarían su entrada a la Puerta Grande. Con agradecimiento. Con orgullo.

Mi corazón dolorido trataba de entender la belleza y simplicidad de este paso al más allá.

Al posar sus ojos sobre mí, intentó una sonrisa, pero sus labios ya habían comenzado a entonar el estribillo de la muerte.

- Niwenga aki trs molubu popáa... Niwenga aki trs molubu popáa...
(Niwenga es viejo, y el deber del viejo es... morir...)

Y Niwenga murió.
